

Susan Golombok,  
Familias modernas. Padres e hijos  
en las nuevas formas de familia<sup>1</sup>

LETICIA ALCÁNTARA CRUZ<sup>2</sup>

Los diversos modos de formar una familia en la actualidad han dado pie a numerosos estudios que confirman la relevancia del cuestionamiento del modelo de familia tradicional. La importancia del tema radica, dentro de otras cuestiones, en que no es novedad la convivencia entre individuos que caen en el sustantivo “familia” y distan de pertenecer a un esquema con padres heterosexuales unidos en matrimonio con hijos biológicos.

Susan Golombok, académica y mente detrás del libro *Familias*

*modernas*, aborda varios de los estudios más conocidos a nivel mundial que ayudan a comprender las interacciones dentro de los modelos de familia modernos. La autora explica de manera afable y detallada en qué difiere la experiencia de individuos criados en las nuevas formas de familia con respecto a los criados en familias tradicionales.

Antes de continuar es primordial cuestionar qué es para Golombok una familia moderna. Como intento de respuesta, usualmente viene a la mente la imagen de una familia con figuras parentales del mismo sexo. Si bien, las familias homoparentales se posicionan dentro del conjunto de lo que en el libro se explica con el título aludido, no

<sup>1</sup> Susan Golombok (2015). *Familias modernas. Padres e hijos en las nuevas formas de familia*. Madrid: Siglo XXI de España.

<sup>2</sup> E-mail: lety\_ac@hotmail.com. Universidad Autónoma de Guasascalientes.

son las únicas. Desde la visión de esta académica, las nuevas familias se caracterizan por formas que, antes del siglo XX, se ocultaban o sencillamente no existían. Se incluyen en éstas, además de las ya mencionadas homoparentales, las que son encabezadas por madres solteras por elección y las que recurren a técnicas de reproducción asistida para acceder a la parentalidad.

Con respecto a los estudios de familias homoparentales, en un inicio abordaron predominantemente a las familias con madres lesbianas. En los años setenta, la maternidad lésbica era condenada, pero a su vez, facilitada por novedosas técnicas de reproducción asistida, provocando un aumento en los años ochenta y noventa en el número de familias con madres lesbianas, lo que llevó a lo que se expresa en el libro como el *baby boom* lésbico.

Para ahondar en los estudios con respecto a la maternidad de parejas lesbianas, en la primera parte del texto se exponen las creencias que descalifican a las mujeres que encabezan a estas familias. Desde dichas creencias se considera a las madres lesbianas como menos cariñosas que las heterosexuales, asumiendo además que los hijos e hijas de lesbianas vivirían un rechazo de sus pares y tendrían una tendencia a un desarrollo atípico de

género. Los estudios que refutan estas creencias confirman que no hay diferencias significativas entre familias con padres heterosexuales y aquellas con madres homosexuales en cuanto al desarrollo psicológico y de género de sus hijos e hijas.

Dado que las familias con madres lesbianas no son las únicas que en el momento de su surgimiento generaron controversia, Golombok se da a la tarea de detallar el impacto de diversos factores en familias con hijos “probeta” –i.e. nacidos con técnicas de reproducción asistida– que también tuvieron sus críticas y origen en los años setenta. Al respecto, Golombok refiere estudios en los que se concluye que no hay diferencias significativas en el desarrollo psicológico de los bebés concebidos de manera natural y aquellos concebidos por técnicas de reproducción asistida. Sin embargo, sí se subraya el hecho de que 40% de los embarazos por estos medios derivan en nacimientos múltiples. A pesar de éstos, los padres con “bebés probeta” no solamente no muestran dificultades en la crianza de los hijos, sino que también reportan mayor interacción con éstos, así como más altos niveles de satisfacción parental que aquellos padres con hijos nacidos sin intervención de estas tecnologías.

¿A qué se debe esta situación? Se propone que los padres y madres que pasaron por un proceso de fertilización *in vitro* u otras técnicas de reproducción asistida, muestran mayor deseabilidad para acceder a la pater-maternidad. Los obstáculos del proceso y la resiliencia psicológica que implica tener hijos a través de estos métodos puede crear mayores expectativas y preparación para la crianza.

Hoy en día parece absurdo que los procesos para tener hijos con técnicas de reproducción asistida hayan sido tan condenados en el pasado relativamente reciente. El primer caso reportado de la primera bebé "probeta" tomó lugar en Reino Unido en 1978. Aunque los medios promovieron este nacimiento como uno de los más esperados del siglo, en realidad se obstaculizaron los avances tecnológicos que lo permitieron. Estas barreras se cimentaron en creencias que después se mostraron equivocadas. Se creía que los bebés podrían nacer con deformidades o impedimentos físicos por el manejo artificial del óvulo y el espermatozoides, que el estrés provocado por la infertilidad y los procesos para engendrar a pesar de ésta tendrían consecuencias emocionales graves para los padres. A pesar del pasado plasmado de mitos, ahora desmentidos,

las tecnologías de reproducción asistida son usadas de manera habitual en casos de infertilidad.

Aunque las técnicas de reproducción asistida en su inicio buscaban favorecer a las parejas heterosexuales con dificultades para procrear, surgieron con estas tecnologías nuevas maneras de acceder a la parentalidad, así como nuevos planteamientos y dilemas éticos. En especial, las técnicas de reproducción asistida con un donante involucrado con la implicación de la falta de parentesco genético con alguno de los progenitores, o incluso con ambos en caso de las donaciones embrionarias. En cuanto a las familias que han recibido una célula de un donante para concebir, Golombok toma un concepto importante para indagar en el impacto psicológico de los hijos e hijas de estas familias: el secretismo. La implicación de promover que los individuos nacidos como producto de un proceso de este tipo conozcan su origen es significativa. Tan es así, que en algunos países se ha revocado el carácter de anonimato del donante e incluso se ha dictado que, al llegar a la mayoría de edad, los niños tengan derecho a conocer la identidad del donante del espermatozoides o el óvulo que posibilitó su llegada a la vida. Desde la postura de la terapia familiar,

expuesta en el texto, el secretismo sobre el origen biológico de los hijos puede generar interferencia entre los familiares que conocen el secreto y los que no, y puede crear conflicto y ansiedad en los lazos familiares.

Lo mismo sucede con niños y niñas que fueron adoptados por sus padres. Se argumenta que una vez llegada la adolescencia, los hijos adoptados necesitan una narrativa que le dé sentido a su origen y experiencias y que apunte a una identidad estable. Los estudios sobre el tema referidos en el libro hacen énfasis en que el haber sido adoptado o el haber sido procreado con el apoyo de un donante no necesariamente afecta negativamente al individuo. Lo que, sin embargo, podría llegar a afectarlo es la forma de manejar la cuestión de su origen por parte de los adultos responsables de su crianza. De este modo, se descarta que el parentesco genético sea imperioso para el buen desarrollo de una persona en una familia. Se encuentra que aun sin él, la persona puede encontrar un sentido de identidad y pertenencia.

El incremento de opciones de vías hacia la parentalidad ha engrandecido la manera de crear familias que, por diferir del modelo tradicional, pareciera que tienen que validarse a través de estudios

científicos como los que presenta Golombok. Si el parentesco genético, la presencia de dos progenitores y la orientación sexual de éstos no afectan directamente en el desarrollo psicológico de los individuos, ¿qué es lo que sí impacta en un sano desarrollo?

En la lectura se afirma que para un desarrollo psicológico y emocional adecuado es necesario que la persona haya tenido durante su infancia una relación con al menos un adulto emocionalmente estable. De igual manera, se enfatiza que, en el caso de contar con dos progenitores, la relación de calidad entre éstos brinda seguridad a los hijos. Esto no implica la ausencia de conflicto, sino el manejo adecuado de éste. Otro factor importante para que las personas crezcan con herramientas emocionales y psicológicas es que en sus familias de origen se establezcan límites claros. Todo lo anterior puede ser ofrecido por familias con una madre soltera por elección, con padres y madres homosexuales, adoptivos o con padres y madres que recurrieron a alguna técnica *in vitro*.

La última parte de libro aborda las limitaciones que han de ser aceptadas en cuanto al estudio de las nuevas formas de familia. Éstas tienen que ver con las dificultades de acceder

a las muestras estudiadas y el potencial de sesgo en éstas. Una limitación significativa que se menciona es que la mayoría de los estudios existentes a la fecha se ha centrado en el desarrollo de los niños en estas familias en la etapa escolar. Aún quedan muchas dudas acerca de lo que ocurre en la adolescencia.

La óptica de Golombok sobre las familias modernas se posiciona a sabiendas de que el ajuste de estos modelos familiares y las experiencias de sus integrantes dependen, en gran medida, de su entorno social, que incluye a la familia extensa, la comunidad y el contexto geopolítico al que pertenecen. Por lo mismo, las familias que constituyen el objetivo del libro son claramente aquellas que pertenecen a países occidentales más bien progresistas.

Los modelos familiares que se abordan en la lectura de Golombok ya se han hecho presentes en la sociedad, algunos antes que otros. Resultaría interesante reflexionar sobre qué otros rumbos podrían tomar las interacciones y construcciones familiares que aún no se presentan. Aunque parezca inconcebible, muchas de estas posibilidades

pueden estar más cerca de lo que imaginamos.

Desde mi punto de vista, hay dos grandes opciones: crear un reclamo colectivo ante la diversidad de formas de convivencia humana y abogar por mantener un modelo familiar tradicional o asombrarse por el futuro y las formas posibles de convivencia que resultan de los inevitables cambios contextuales. Aportaciones como las de la autora de este libro fomentan la segunda opción.

Esta sistematización de estudios sobre familias modernas es valiosa tanto por su relevancia y actualidad como por la soltura con la que se desarrolla. El libro evoca la forma de un abanico que se abre lentamente y provoca con cada centímetro de apertura más reflexión en el lector. Además de enriquecer las reflexiones sobre el tema, el texto enfatiza la idea de que la calidad en las relaciones familiares es el aspecto fundamental en la crianza de los hijos y no el cumplimiento imperativo de un modelo específico que ni siquiera se ha corroborado como el mejor. *Familias modernas* invita al lector a reconocer nuevas formas y colores en las maneras de convivir. ☸

